Me da el corazon su muerte.

JUGADOR TERCERO.

¿Quién sabe? acaso la suerte....

JUGADOR CUARTO.

Me alegraré que lo mate.

PARTE CUARTA.

Salió en fin de aquel estado, para caer en el dolor mas sombrío, en la mas desalentada desesperacion y en la mayor amargura y desconsuelo que pueden apoderarse de este pobre corazon humano, que tan positivamente choca y se quebranta con los males, como con vaguedad aspira en algunos momentos, casi siempre sin conseguirlo, á tocar los bienes ligeramente y de pasada.

(*La proteccion de un sastre; novela original por D. Miguel de los Santos Alvarez.*)

Spiritus quidem promptus est; caro vero infirma.

(*S. Marc. Evang.*)

Vedle, D. Félix es, espada en mano,
Sereno el rostro, firme el corazon,
Tambien de Elvira el vengativo hermano
Sin piedad á sus piés muerto cayó.

Y con tranquila audacia se adelanta
Por la calle fatal del Ataud;
Y ni medrosa aparicion le espanta.
Ni le turba la imágen de Jesus.

La moribunda lámpara que ardia
Trémula lanza su postrer fulgor,
Y en honda oscuridad, noche sombría
La misteriosa calle encapotó.

Mueve los piés el Montemar osado
En las tinieblas con incierto giro,
Cuando ya un trecho de la calle andado,
Súbito junto á él oye un suspiro.

Resbalar por su faz sintió el aliento,
Y á su pesar sus nervios se crisparon;
Mas pasado el primero movimiento,
A su primera rigidez tornaron.

«¿Quién va?» pregunta con la voz serena,
Que ni finge valor ni muestra miedo,
El alma de invencible vigor llena,
Fiado en su tajante de Toledo.

Palpa en torno de sí, y el impío jura,
Y á mover mueve la atrevida planta,
Cuando hácia él fatídica figura
Envuelta en blancas ropas se adelanta.

Flotante y vaga, las espesas nieblas
Ya disipa y se anima y va creciendo

Con apagada luz, ya en las tinieblas
Su argentino blancor va apareciendo.

Ya leve punto de luciente plata,
Astro de clara lumbre sin mancilla,
El horizonte lóbrego dilata
Y allá en la sombra en lontananza brilla.

Los ojos Montemar fijos en ella,
Con mas asombro que temor la mira;
Tal vez la juzga vagorosa estrella
Que en el espacio de los cielos gira:

Tal vez engaño de sus propios ojos,
Forma falaz que en su ilusion creó,
O del vino ridículos antojos
Que al fin su juicio á alborotar subió.

Mas el vapor del néctar jerezano
Nunca su mente á trastornar bastara,
Que ya mil veces embriagarse en vano
En frenéticas orgias intentara.

«Dios presume asustarme: ¡ojalá fuera,
Dijo entre sí riendo, el diablo mismo!
Que entónces, vive Dios, quién soy supiera
El cornudo monarca del abismo.»

Al pronunciar tan insolente ultraje
La lámpara del Cristo se encendió:
Y una mujer velada en blanco traje,
Ante la imágen de rodillas vió.

«Bienvenida la luz,» dijo el impío,
«Gracias á Dios ó al diablo:» y con osada,
Firme intencion y temerario brío,
El paso vuelve á la mujer tapada.

Miéntras él anda, al parecer se alejan
La luz, la imágen, la devota dama,
Mas si él se pára, de moverse dejan:
Y lágrima tras lágrima derrama

De sus ojos inmóviles la imágen.
Mas sin que el miedo ni el dolor que inspira
Su planta audaz, ni su impiedad atajen,
Rostro á rostro á Jesus, Montemar mira.

—La calle parece se mueve y camina,
Faltarle la tierra sintió bajo el pié;
Sus ojos la muerta mirada fascina
Del Cristo, que intensa clavada está en él.

Y en medio el delirio que embarga su mente,
Y achaca él al vino que al fin le embriagó,
La lámpara alcanza con mano insolente
Del ara do alumbra la imágen de Dios;

Y al rostro la acerca, que el cándido lino
Encubre, con ánimo asaz descortes;
Mas la luz apaga viento repentino,
Y la blanca dama se puso de pié.

Empero un momento creyó que veia
Un rostro que vagos recuerdos le da,

Y alegres memorias confusas traia
De tiempos mejores que pasaron ya.

Un rostro de un ángel que vió en un ensueño,
Como un sentimiento que el alma halagó,
Que anubla la frente con rígido ceño,
Sin que lo comprenda jamás la razon.

Su forma gallarda dibuja en las sombras
El blanco ropaje que ondeante se ve,
Y cual si pisara mullidas alfombras,
Deslízase leve sin ruido su pié.

Tal vimos al rayo de la luna llena
Fugitiva vela de léjos cruzar,
Que ya la hinche en popa la brisa serena,
Que ya la confunde la espuma del mar.

Tambien la esperanza blanca y vaporosa
Así ante nosotros pasa en ilusion,
Y el alma conmueve con ansia medrosa
Miéntras la rechaza la adusta razon.

D. FÉLIX.

«¡Qué! ¿sin respuesta me deja?
¿No admitís mi compañía?
¿Será quizá alguna vieja
Devota?.... ¡Chasco seria!

En vano, dueña, es callar,
Ni hacerme señas que no:

He resuelto que sí yo,
Y os tengo de acompañar.

Y he de saber dónde vais
Y si sois hermosa ó fea,
Quién sois y cómo os llamais.
Y aun cuando imposible sea,

Y fuerais vos Satanas
Con sus llamas y sus cuernos,
Hasta en los mismos infiernos,
Vos delante y yo detras,

Hemos de entrar ¡vive Dios!
Y aunque lo estorbara el cielo,
Que yo he de cumplir mi anhelo
Aun á despecho de vos:

Y perdanadme, señora,
Si hay en mi empeño osadía.
Mas fuera descortesía
Dejaros sola á esta hora:

Y me va en ello mi fama,
Que juro á Dios no quisiera
Que por temor se creyera
Que no he seguido á una dama.»

Del hondo del pecho profundo gemido,
Crugido del vaso que estalla al dolor,
Que apénas medroso lastima el oido,
Pero que punzante rasga el corazon;

Gemido de amargo recuerdo pasado,
De pena presente, de incierto pesar,
Mortífero aliento, veneno exhalado
Del que encubre el alma ponzoñoso mar;

Gemido de muerte lanzó y silenciosa
La blanca figura su pié resbaló,
Cual mueve sus alas sílfide amorosa
Que apénas las aguas del lago rizó.

¡Ay! el que vió acaso perdida en un dia
La dicha que eterna creyó el corazon,
Y en noche de nieblas, y en honda agonía
En un mar sin playas muriendo quedó!....

Y solo y llevando consigo en su pecho,
Compañero eterno su dolor crüel,
El mágico encanto del alma deshecho,
Su pena, su amigo y su amante fiel;

Miró sus suspiros llevarlos el viento,
Sus lágrimas tristes perderse en el mar,
Sin nadie que acuda ni entienda su acento,
Insensible el cielo y el mundo á su mal....

Y ha visto la luna brillar en el cielo
Serena y en calma miéntras él lloró,
Y ha visto los hombres pasar en el suelo
Y nadie á sus quejas los ojos volvió.

Y él mismo, la befa del mundo temblando,
Su pena en su pecho profunda escondió,

Y dentro en su alma su llanto tragando
Con falsa sonrisa su labio vistió!!....

¡Ay! quien ha contado las horas que fueron,
Horas otro tiempo que abrevió el placer,
Y hoy solo y llorando piensa cómo huyeron
Con ellas por siempre las dichas de ayer;

Y aquellos placeres, que el triste ha perdido,
No huyeron del mundo, que en el mundo están,
Y él vive en el mundo do siempre ha vivido,
Y aquellos placeres para él no son ya!!

¡Ay! el que descubre por fin la mentira,
¡Ay! el que la triste realidad palpó,
El que el esqueleto de este mundo mira,
Y sus falsas galas loco le arrancó....

¡Ay! aquel que vive solo en lo pasado!....
¡Ay! el que su alma nutre en su pesar.
Las horas que huyeron llamará angustiado,
Las horas que huyeron y no tornarán....

Quien haya sufrido tan bárbaro duelo,
Quien noches enteras contó sin dormir
En lecho de espinas, maldiciendo al cielo,
Horas sempiternas de ansiedad sin fin;

Quien haya sentido quererse del pecho
Saltar á pedazos roto el corazon;
Crecer su delirio, crecer su despecho;
Al cuello cien nudos echarle el dolor;

Ponzoñoso lago de punzante hielo,
Sus lágrimas tristes que cuajó el pesar,
Reventando ahogarle, sin hallar consuelo,
Ni esperanza nunca, ni tregua en su afan....

Aquel, de la blanca fantasma el gemido,
Unica respuesta que á D. Félix dió,
Hubiera, y su inmenso dolor, comprendido,
Hubiera pesado su inmenso valor.

D. FÉLIX.

«Si buscais algun ingrato,
Yo me ofrezco agradecido;
Pero ó miente ese recato,
O vos sufrís el mal trato
De algun celoso marido.

«¿Acerté? ¡Nécia mania!
Es para volverme loco,
Si insistís en tal porfia,
Con los mudos, reina mia,
Yo hago mucho y hablo poco.»

Segunda vez importunada en tanto,
Una voz de süave melodía
El estudiante oyó que parecia
Eco lejano de armonioso canto:

De amante pecho lánguido latido,
Sentimiento inefable de ternura,
Suspiro fiel de amor correspondido,
El primer sí de la mujer aun pura.

«Para mí los amores acabaron:
Todo en el mundo para mí acabó:
Los lazos que á la tierra me ligaron,
El cielo para siempre desató.»

Dijo su acento misterioso y tierno,
Que de otros mundos la ilusion traia,
Eco de los que ya reposo eterno
Gozan en paz bajo la tumba fria.

Montemar, atento solo á su ventura,
Que es bella la dama y aun fácil juzgó,
Y la hora, la calle y la noche oscura
Nuevos incentivos á su pecho son.

—Hay riesgo en seguirme.—Mirad ¡qué reparo!
—Quizá luego os pese.—Puede que por vos.
—Ofendeis al cielo.—Del diablo me amparo.
—Idos, caballero, no tenteis á Dios.—

—Siento me enamora mas vuestro despego,
Y si Dios se enoja, pardiez que hará mal:
Véame en vuestros brazos y máteme luego.
—¡Vuestra última hora quizá esta será!....

Dejad ya, D. Félix, delirios mundanos.—
—¡Hola, me conoce!—¡Ay! ¡temblad por vos!
¡Temblad no se truequen deleites livianos
En penas eternas!—Basta de sermon,

Que yo para oirlos la cuaresma espero;
Y hablemos de amores, que es mas dulce hablar;

Dejad ese tono solemne y severo,
Que os juro, señora, que os sienta muy mal;

La vida es la vida: cuando ella se acaba,
Acaba con ella tambien el placer.
¿De inciertos pesares por qué hacerla esclava?
Para mí no hay nunca mañana ni ayer.

Si mañana muero, que sea en mal hora
O en buena, cual dicen, ¿qué me importa á mí?
Goce yo el presente, disfrute yo ahora,
Y el diablo me lleve siquiera al morir.

—¡Cúmplase en fin tu voluntad, Dios mio!—
La figura fatídica exclamó:
Y en tanto al pecho redoblar su brio
Siente D. Félix y camina en pos.

Cruzan tristes calles,
Plazas solitarias,
Arruinados muros,
Donde sus plegarias
Y falsos conjuros,
En la misteriosa
Noche borrascosa,
Maldecida bruja
Con ronca voz canta,
Y de los sepulcros
Los muertos levanta,
Y suenan los ecos
De sus pasos huecos
En la soledad:

Miéntras en silencio
Yace la ciudad,
Y en lúgubre son
Arrulla su sueño
Bramando Aquilon.

Y una calle y otra cruzan,
Y mas allá y mas allá:
Ni tiene término el viaje,
Ni nunca dejan de andar.
Y atraviesan, pasan, vuelven,
Cien calles quedando atras,
Y paso tras paso siguen,
Y siempre adelante van:
Y á confundirse ya empieza
Y á perderse Montemar,
Que ni sabe á do camina,
Ni acierta ya dónde está:
Y otras calles, otras plazas
Recorre y otra ciudad,
Y vé fantásticas torres
De su eterno pedestal
Arrancarse, y sus macizas
Negras masas caminar,
Apoyándose en sus ángulos
Que en la tierra, en desigual,
Perezoso tranco fijan;
Y á su monótono andar,
Las campanas sacudidas
Misteriosos dobles dan;

Miéntras en danzas grotescas
Y al estruendo funeral
En derredor cien espectros
Danzan con torpe compas:
Y las veletas sus frentes
Bajan ante él al pasar,
Los espectros le saludan,
Y en cien lenguas de metal,
Oye su nombre en los ecos
De las campanas sonar.
Mas luego cesa el estrépito,
Y en silencio, en muda paz
Todo queda, y deaparece
De súbito la ciudad;
Palacios, templos, se cambian
En campos de soledad,
Y en un yermo y silencioso,
Melancólico arenal,
Sin luz, sin aire, sin cielo,
Perdido en la inmensidad.
Tal vez piensa que camina,
Sin poder parar jamás,
De estraño empuje llevado
Con precipitado afan;
Entretanto que su guía
Delante de él sin hablar,
Sigue misteriosa, y sigue
Con paso rápido, y ya
Se remonta ante sus ojos
En alas del huracan.

Vision sublime, y su frente
Ve fosfórica brillar
Entre lívidos relámpagos
En la densa oscuridad,
Sierpes de luz, luminosos
Engendros del vendaval:
Y cuando duda si duerme,
Si tal vez sueña ó está
Loco, si es tanto prodigio,
Tanto delirio verdad,
Otra vez en Salamanca
Súbito vuélvese á hallar.
Distingue los edificios,
Reconoce donde está,
Y en su delirante vértigo
Al vino vuelve á culpar,
Y jura, y siguen andando
Ella delante, él detras.

«¡Vive Dios! dice entre sí,
O Satanas se chancea,
O no debo estar en mí,
O el Málaga que bebí
En mi cabeza aun humea.

«Sombras, fantasmas, visiones....
Dale con tocar á muerto,
Y en revueltas confusiones,
Danzando estos torreones
Al compas de tal concierto.

«Y el juicio voy á perder
Entre tantas maravillas,
Que estas torres llegué á ver,
Como mulas de alquiler,
Andando con campanillas.

«¿Y esta mujer quién será?
Mas si es el diablo en persona,
A mí qué diantre me da?
Y mas que el traje en que va
En esta ocasion, le abona.

«Noble señora, imagino
Que sois nueva en el lugar:
Andar así es desatino:
O habeis perdido el camino,
O esto es andar por andar.

«Ha dado en no responder,
Que es la mas rara locura
Que puede hallarse en mujer,
Y en que yo la he de querer
Por su paso de andadura.»

En tanto D. Felix á tientas seguia,
Delante camina la blanca vision,
Triplica su espanto la noche sombría,
Sus hórridos gritos redobla Aquilon.

Rechinan girando las férreas veletas,
Crujir de cadenas se escucha sonar,

Las altas campanas, por el viento inquietas,
Pausados sonidos en las torres dan.

Rüido de pasos de gente que viene
A compas marchando con sordo rumor,
Y de tiempo en tiempo su marcha detiene,
Y rezar parece en confuso son,

Llegó de D. Félix luego á los oidos,
Y luego cien luces á lo léjos vió,
Y luego en hileras largas divididos,
Vió que murmurando con lúgubre voz,

Enlutados bultos andando venian;
Y luego mas cerca con asombro ve,
Que un féretro en medio y en hombros traian
Y dos cuerpos muertos tèndidos en él.

Las luces, la hora, la noche, profundo,
Infernal arcano parece encubrir.
Cuando en hondo sueño yace muerto el mundo,
Cuando todo anuncia que habrá de morir,

Al hombre, que locò la recia tormenta
Corrió de la vida, del viento á merced,
Cuando una voz triste las horas le cuenta,
Y en lodo sus pompas convertidas ve,

Forzoso es que tenga de diamante el alma,
Que no sienta el pecho de horror palpitar,
Quien como D. Félix, con serena calma
Ni en Dios ni en el diablo se ponga á pensar.

Así en tardos pasos, todos murmurando,
El lúgubre entierro ya cerca llegó,
Y la blanca dama devota rezando,
Entrambas rodillas en tierra dobló.

Calado el sombrero y en pié, indiferente
El féretro mira D. Félix pasar,
Y al paso pregunta con su aire insolente
Los nombres de aquellos que al sepulcro van.

Mas ¡cuál su sorpresa, su asombro cuál fuera,
Cuando horrorizado con espanto ve
Que el uno D. Diego de Pastrana era,
Y el otro ¡Dios santo! y el otro era él....

Él mismo, su imágen, su misma figura,
Su mismo semblante, que él mismo era en fin:
Y duda, y se palpa, y fria pavura
Un punto en sus venas sintió discurrir.

Al fin era hombre, y un punto temblaron
Los nervios del hombre, y un punto temió;
Mas pronto su antiguo vigor recobraron,
Pronto su fiereza volvió al corazon.

«Lo que es, dijo, por Pastrana,
Bien pensado está el entierro;
Mas es diligencia vana
Enterrarme á mí, y mañana
Me he de quejar de este yerro.

«Diga, señor enlutado,
¿A quién llevan á enterrar?

—Al estudiante endiablado
D. Félix de Montemar,—
Respondió el encapuchado.

«Mientes, truhan.—No por cierto.—
Pues decidme á mí quien soy,
Si gustais, porque no acierto
Cómo á un mismo tiempo estoy
Aquí vivo y allí muerto.

—«Yo no os conozco.—Pardiez,
Que si me llego á enojar,
Tus burlas te haga llorar
De tal modo, que otra vez
Conozcas ya á Montemar.

«¡Villano!.... mas esto es
Ilusion de los sentidos,
El mundo que anda al reves,
Los diablos entretenidos
En hacerme dar traspiés.

«¡El fanfarron de D. Diego!
De sus mentiras reniego,
Que cuando muerto cayó,
Al infierno se fué luego
Contando que me mató.»

Diciendo así, soltó una carcajada,
Y las espaldas con desden volvió:
Se hizo el bigote, requirió la espada,
Y á la devota dama se acercó.

«Conque, en fin, dónde vivís?
Que se hace tarde, señora.
—Tarde, aun no; de aquí á una hora
Lo será.—Verdad decís,
Será mas tarde que ahora.

«Esa voz con que haceis miedo
De vos me enamora mas:
Yo me he echado el alma atras;
Juzgad si me dará un bledo
De Dios ni de Satanas.

—«Cada paso que avanzais
Lo adelantais á la muerte,
D. Félix. ¿Y no temblais,
Y el corazon no os advierte
Que á la muerte caminais?»

Con eco melancólico y sombrío
Dijo así la mujer, y el sordo acento,
Sonando en torno del mancebo impío,
Rugió en la voz del proceloso viento.

Las piedras con las piedras se golpearon,
Bajo sus piés la tierra retembló,
Las aves de la noche se juntaron,
Y sus alas crujir sobre él sintió:

Y en la sombra unos ojos fulgurantes
Vió en el aire vagar que espanto inspiran,
Siempre sobre él saltándose anhelantes:
Ojos de horror que sin cesar le miran.

Y los vió y no tembló: mano á la espada
Puso y la sombra intrépido embistió,
Y ni sombra encontró ni encontró nada;
Solo fijos en él los ojos vió.

Y alzó los suyos impaciente al cielo,
Y rechinó los dientes y maldijo,
Y en él creciendo el infernal anhelo,
Con voz de enojo blasfemando dijo:

«Seguid, señora, y adelante vamos:
Tanto mejor si sois el diablo mismo,
Y Dios y el diablo y yo nos conozcamos,
Y acábese por fin tanto embolismo.

«Que de tanto sermon, de farsa tanta,
Juro, pardiez, que fatigado estoy:
Nada mi firme voluntad quebranta,
Sabed en fin que donde vayais voy.

«Un término no mas tiene la vida:
Término fijo; un paradero el alma:
Ahora adelante.» Dijo, y en seguida
Camina en pos con decidida calma.

Y la dama á una puerta se paró,
Y era una puerta altísima, y se abrieron
Sus hojas en el punto en que llamó,
Que á un misterioso impulso obedecieron:
Y tras la dama el estudiante entró:
Ni pajes, ni doncellas acudieron: